

EDITH WHARTON

PAISAJES ITALIANOS

UNA FONDA DE POSTA EN LOS ALPES

Para aquellas mentes que sienten curiosidad por los contrastes –sin duda uno de los máximos placeres de viajar– no puede haber mejor preparación para un descenso hacia tierras italianas que pasar una temporada entre los valles más elevados de Suiza. Pasar de una región obviamente pintoresca –un campo casi artificioso para deleite del *coeur à poésie facile*¹– a ese sofisticado paisaje en el que la cara de la naturaleza parece moldeada por la pasión e imaginario del hombre es una de las transiciones más sugerentes en el cada vez más reducido abanico de experiencias de este tipo.

En ningún lugar se aprecia de forma más intensa este contraste que en una de las más elevadas aldeas de los Grisones. La Suiza anecdótica de los lagos se encuentra a una distancia demasiado remota de Italia, geográfica y moralmente, como para poder evocar comparación alguna. El coqueto chalé, con un aire de tímida pulcritud que nos hace sentir que si se alzase el tejado este revelaría una hilera de cintas y tijeras, o los brillantes cilindros de una caja de música, sugiere más un trabajo de ebanistería que una obra arquitectónica; las limpias y adornadas calles, los precisos jardines y las subyugadas vides representan una imagen paradisíaca para una vieja criada que se convertiría en irremediable desorden con la introducción de algo tan irregular como una obra de arte. Sin embargo, en los Grisones, donde únicamente un paso gris y baldío forma la línea divisoria con Italia, su influencia se siente de forma negativa en el gran desorden de sus calles, en la creciente hilera de maleza al pie de muros de llamativa rudeza, en el zumbido de las moscas alrededor de montones de estiércol expuestos sin tapujos. De una manera más agradable se muestra la

¹ Amante de la poesía sencilla.

misma influencia en las toscas y vetustas casas con forma de centauro, cuyas ventanas con verjas de hierro forjado y cuyos escudos de piedra dominan la maloliente oscuridad de los establos. Estas son las casas de quienes son conscientes de la existencia de Italia, que han trasladado a sus inhóspitas cumbres, ya sea por falta de imaginación o por un impulso tan sentimental como nuestro moderno hábito de «coleccionar» cosas, los gruesos muros, las pequeñas ventanas y los salientes aleros de las moradas diseñadas bajo un bochornoso cielo. El recuerdo evocado es tan vívido que casi se espera encontrar un ciprés apoyado junto a los muros de color melocotón amoratado de la *douane*², pero es aquí justo donde el contraste se acentúa. El ciprés, con todo lo que ello conlleva, no está.

Durante la temporada alta suiza no es fácil encontrar un rincón desatendido por el turista; sin embargo, en Splügen este aún se desliza apresuradamente en la diligencia dejando tras de sí una nube de polvo o bien se detiene únicamente para engullir una trucha rosada de los lagos de Suretta y tomar una botella de Paradiso. De este modo, el disfrute de este lugar se ve realzado por el gratificante espectáculo de los cientos de desinformados que pasan de largo y, desde la ventajosa posición de los solitarios prados sobre la aldea, se puede observar la muchedumbre descendiendo hacia Thusis o Chiavenna con algo de aquella satisfacción que los escolásticos medievales creían que un grupo de ángeles sentía al mirar a los condenados allá abajo. Splügen abunda en tales puntos de observación. Desde las orillas del Rin, flanqueadas de alisos, se puede subir por cualquiera de las laderas a través de matorrales de alerces, trémulos por el roce del agua, hasta llanuras cubiertas de hierba más arriba, donde el valle se alarga en dirección al sur hacia una confluencia de picos. Por las mañanas, estas elevadas praderas son cálidas y luminosas, y alegra el ánimo que los corredores de pinos rojos y los torrentes color ónice refresquen los atardeceres; pero hacia la puesta de sol, cuando las sombras convierten los inclinados pastos en extensiones de terciopelo que se precipitan al vacío, es agradable pasear por las despejadas cornisas y contemplar cómo el sol se desvanece en el valle, donde los

² Aduana.

segadores aún barren la hierba en largas líneas curvas como crestas de ola mientras, al este, los pinares sobre las laderas se oscurecen y la nieve en las cumbres se apaga como el color de las cenizas frías.

El paisaje es sencillo, espacioso y sereno. Los campos sugieren la tranquilidad rumiante de generaciones de reses, los bosques ofrecen la fresca protección de la vida silvana y las montañas presentan romas superficies afectadas por la erosión en lugar de los sutiles contornos, arrugados como por causa de la meditación, de los Alpes italianos. Da la sensación de que se trata de un paraje en el que nunca ha sucedido nada; un epíteto inolvidable es aquel que Whitman aplica al paisaje americano, «el vasto panorama inconsciente de mi tierra natal»³.

Suiza es como una cena servida a la vieja usanza, todos los platos llegan a la mesa al mismo tiempo: cada valle cuenta con floridas praderas, un «hórrido» desfiladero, aterciopeladas cumbres encantadas, bosques y cascadas. En Italia, los efectos se suceden por partes como los distintos platos de una comida, y la memoria es capaz así de diferenciar los paisajes, incluso sin la ayuda de ese toque de individualidad humana por el cual, después de todo, el mejor paisaje italiano no es sino un escenario. En Splügen, como en muchos paisajes suizos, el interés humano –las evidencias de la presencia del hombre– son una interrupción más que un clímax. La aldea de Splügen, apiñada en una cornisa sobre el Rin, vuelve la espalda avergonzada como si fuera consciente de su pobre condición ante la tremenda representación de la naturaleza. Entre las casas, dispuestas en ángulos improvisados, igual que cajas apiladas de forma apresurada sobre un estante, las empedradas calles discurren alegremente colina arriba; pero tras unas pocas yardas degeneran en caminos montañosos y las pasturas se inclinan con descaro hacia la salida de la aldea. La agricultura parece, de hecho, la razón de ser de este pequeño pueblo. En pleno verano, todo Splügen forma un único brazo al final de una guadaña. A lo largo del día los contornos de figuras encorvadas –hombres, mujeres y

³ «The large unconscious scenery of my native land» (verso del poema «When the Lilacs last in the Dooryard Bloom'd», 1865), en *Walt Whitman: poetry and prose*, Literary Classics of the United States, NY, 1982, p. 455.

niños, abuelos y laboriosas criaturas— se extienden por las laderas de la colina en un radio siempre creciente, cortando, rastrillando y amontonando la hierba de forma interminable. Las pendientes más bajas son las primeras en mostrarse desnudas; después, hacia la escarpada y elevada parte del pinar, el espesor de la larga hierba colmada de delfinios, claveles armeria y orquídeas se va desvaneciendo gradualmente ante la marea creciente de segadores. Incluso en el cementerio de la iglesia situada en lo alto, las guadañas se balancean entre montículos de maleza cubiertos de campánulas y martagones, lo que invita a imaginar el polvo de generaciones de aldeanos ahorradores enriqueciendo las cosechas de la posteridad.

Este es, en efecto, el único destino que uno puede figurarse para ellos. El pasado de un lugar como tal debe de haber sido tan bucólico como el presente: los baluartes medievales, desmoronándose sobre la arbolada estribación por encima del Rin, fueron con seguridad los elevados emplazamientos escogidos por los señores del valle para observar al ganado mientras pacía y ordenar las maniobras de las podadoras. Los nobles Georgiis, que vivieron en las casas blasonadas de Splügen y ahora yacen bajo tal riqueza de cuarteles en la iglesia y el cementerio, debieron de ser expertos en fertilizantes y ganadería; tampoco puede uno figurarse, siquiera por el mercenario del siglo xvii con el mismo nombre, cuyo epitafio le declara haber sido «capitán del séquito de Su Majestad de España», sentimientos más conmovedores cuando regresó de la guerra que aquellos evocados por el tintineo de los cencerros de las vacas en los pastos y la visión de la quejumbrosa mesa cargada de ternera ahumada y ciclópeos quesos.

Los labriegos en los campos forman parte de la tierra que cultivan de tal manera que se podría decir que se cuenta con todo Splügen para uno mismo, desde las cumbres más altas hasta el desierto camino principal. Al atardecer la escena cambia; y la transformación no está inintencionadamente descrita en términos teatrales, pues la plaza que, después de la puesta de sol, se convierte en el centro de la vida de Splügen, muestra una absurda semejanza con el decorado de un escenario. Uno de los flancos de esta plaza limita con la erosionada fachada de la fonda de posta, pero esta merece un paréntesis. Construida mucho tiempo atrás y luego abandonada, para seguir

la tradición del pueblo, por una «gran familia italiana», el exterior muestra gruesos muros que proyectan los socarrenes y las ovaladas buhardillas del desván propias de una vieja casa toscana, mientras que, en el interior, un corredor de monástica ramificación en bóvedas empedradas conduce a cuartos techados y panelados con molduras del siglo xvi. La terraza de piedra que se encuentra ante esta impresionante vivienda forma el proscenio en el que, después de la cena, se reúnen los espectadores. A la derecha de la plaza se yergue la rosada y pálida «Oficina de Correos y Telégrafos». Más allá, cerrando el ala derecha en uno de los ángulos del escenario, hay una misteriosa casa de color amarillento con una entrada en forma de arco. Frente a esta, y hacia la izquierda, están las *dépendance*⁴ de la fonda y la aduana; al fondo a la izquierda, se ve la calle del pueblo difuminarse gradualmente entre casas que parecen «estudios» esbozados en antiguos cuadernos de dibujo (con las grietas del enlucido marcadas en atezado grafito), hasta el puente que cruza el Rin y los primeros recodos del camino de postas sobre el paso de Splügen. En el lado opuesto a la fonda se encuentra la imprescindible fuente del pueblo, lugar de reunión del coro; bajo un parapeto de piedra fluye el torrente, que actúa como orquesta invisible y, más allá del parapeto, las nevadas cumbres completan el escenario al fondo.

Cuando termina la cena, los ansiosos espectadores, que se encaminan apresuradamente a la terraza (mientras observan, en su paso por la abovedada cocina, cómo el *chef* italiano engrasa su bicicleta en medio de las sobras de una admirable comida), encuentran los preparativos en marcha para el evento de la tarde: la llegada de las diligencias. La orquesta ya ha afinado los instrumentos y el coro, reclutado en los campos de heno, se reúne en los laterales. Una docena de ellos se queda detrás y se acucilla sobre el saliente bordillo de piedra de la oficina de correos; otros se colocan de forma pintoresca sobre la fuente o deambulan por la empinada calle aguardando la llamada del apuntador. Al punto algunos de los personajes secundarios están paseando de un lado al otro del escenario: el dueño del aserradero a orillas del Rin, un hombre alto y de aspecto llano al que el coro

⁴ Dependencias.

saluda respetuosamente; dos personajes con abrigos negros y bastones, que siempre aparecen juntos y tienen aire de formar parte del colectivo de síndicos del lugar; un caballero de vida regalada con un sombrero de ala blanco, que fuma un gran puro italiano y va escoltado por un inquisitivo perro de Pomerania; un hombre de ciudad en chinelas y calcetines blancos, con su mujer del brazo, y precedido por un jovencito bewickiano⁵ que lleva un cazamariposas sobre el hombro; un agente de aduanas con ornato de cordón dorado que va a toda prisa y entra más bien tarde en escena; dos o tres señoras del lugar con sombreros quemados por el sol y anteojos, que pasan para hacerle una visita a la directora de la oficina de correos; y un vistoso joven, con cara de haber visto mundo en Coira o Bellinzona, que emerge de la oficina de correos leyendo una carta de forma llamativa para manifiesto interés del coro, de las señoras y del pomerano. Mientras estas figuras pasan una y otra vez en una especie de silencio social, sugieren el pausado comienzo de una obra compuesta antes de que las individualidades fueran abolidas y las comedias se llenasen de personajes tipo con nombres genéricos —el posadero, la administradora de correos, el síndico—; quizá alguna comedia de Goldoni, pero carente incluso de la sencilla malicia de este.

Entre tanto el portero ha encendido las lámparas de aceite que cuelgan de una cadena sobre la puerta de la fonda; una mano celestial ha realizado una función similar con la estrella de la noche por encima de las cumbres y, a través de la quietud que se ha establecido en la plaza, llega un sonido distante de campanas.

... La acción comienza al instante: el posadero aparece respaldado por el mozo de equipajes y el camarero; el coro ensaya una ola de aclamaciones; el pomerano trota calle abajo e, inmediatamente, los exhaustos conductores de la diligencia de Thusis asoman sus cabezas por la esquina de la plaza. El grotesco carruaje amarillo —un landó unido a una berlina acristalada— cruza el pavimento adoquinado del escenario, balanceándose con un gran giro hacia la puerta de la fonda; figuras vagas se desvinculan del coro y se mueven con premura entre los caba-

⁵ Alusión a Thomas Bewick (1753-1828), ornitólogo y tallista inglés cuyos grabados fueron muy populares en el siglo XIX, especialmente las estampas rurales.

llos o ayudan al guarda a bajar el equipaje; los dos síndicos, sentenciosamente distantes, se apoyan sobre sus bastones para observar la escena; el pomerano se mueve agitado entre las patas de los cansados caballos, y las puertas de la diligencia dan paso a una de esas variadas mezclas de gente extraña que uno solo se encuentra cuando viaja. Aquí vienen, familiares como las figuras del arca de Noé, primero los alemanes, un pequeño hombre de triple barbilla con un perro salchicha, como salidos de la revista *Fliegende Blätter* (*Octavillas*), y un Hércules en zapatillas con una expresión en el rostro como aquellas que se encuentran al final de las pipas de espuma de mar, acompañados de sus sentimentales mujeres; estridentes y activos italianos, un simpático sacerdote con cara de gorrino; americanos que van directos a la entrada mostrando visiblemente su ciudad y estado de procedencia en el equipaje; jovencitas inglesas que parecen peones de obra; hombres franceses que parecen jovencitas. La puerta en forma de arco los absorbe y otro tintineo de campanas, y el destello de las luces sobre el puente, proclaman la llegada inminente de la diligencia de Chiavenna.

Se repite la misma ceremonia y otro variado destacamento de extraños viajeros desciende. Esta vez hace acto de presencia una familia de Rodentia, que por su aspecto parece como si debiera ser cercada entre redes de alambre y alimentada juiciosamente con lechuga; se presenta un pequeño hombre de aspecto feroz, con bombachos y fajín, que conduce a una sumisa esposa de gran tamaño y a dos niños de aspecto hipócrita que bien podían haber salido de *The Mirror of the Mind* (*El espejo de la mente*); aparece una desafortunada señora con anteojos y una bolsa de lino gris bordada con nomeolvides, que parece uno de los experimentos rechazados por el Creador; y está el inevitable joven con bastón de alpinista, que envía a casa un ramo de *edelweiss* para su atemorizada familia... Estos desaparecen también; los caballos son conducidos a los establos, el coro se dispersa y las luces se apagan. La función ha terminado. Solo un espectador permanece, un hombre atento, con un sobretodo del color del rapé, que da una idea de la envergadura de los recursos sociales de Splügen por la deliberada manera en que, cada atardecer, camina alrededor de las diligencias vacías, mira a través de sus ventanas, examina las ruedas y varales, y después desaparece tristemente en la oscuridad.

Las dos diligencias tienen por fin la silenciosa plaza para ellas solas. Ahí permanecen, una junto a la otra en polvoriento duermevela, hasta que, por la mañana, los cencerros de las vacas las despierten para partir de nuevo. Una vuelve a Thusis, a la región de los buenos hoteles, el aire puro y los pintorescos tópicos. Por lo que a nosotros nos concierne, podría ir vacía. Pero la otra... la otra despierta de su sueño alpino para subir al amanecer aquel frío paso y descender por calurosos y sinuosos caminos a la tierra en la que los campanarios de las iglesias se vuelven *campanili*, en la que las vides, rompiendo con una perpendicular servidumbre, lanzan un liberado abrazo hacia las moreras, y a lo lejos, más allá del valle, el espejismo de cúpulas y chapiteles, de muros policromados y altares esculpidos, hace señas a través de los más polvorientos caminos de la memoria. En esa diligencia, tenemos nuestros asientos reservados.